



Experiencias de fragmentación social en México: escuela, trabajo, consumo y espacio

Experiences of Social Fragmentation in Mexico: School, Work, Consumption and Space

Iñigo González de la Fuente

<http://orcid.org/0000-0002-8963-7897>

Universidad de Cantabria, España

inigo.gonzalez@unican.es

Recibido/Received: 06/02/2018

Aceptado/Accepted: 12/04/2018

RESUMEN:

Se propone reflexionar, a partir de las experiencias (formativas, laborales, de consumo, socio-espaciales) de los jóvenes, sobre la idea de la fragmentación social que caracterizaría las sociedades latinoamericanas y, específicamente, México: ¿cómo se vive en y con la desigualdad socioeconómica? Las sociedades fragmentadas serían definidas como sistemas sociales de exclusiones recíprocas e inclusiones desiguales. La tolerancia, rechazo o padecimiento de la desigualdad es posible, entre otros factores, a la coexistencia de mundos aislados y distantes dentro de una misma sociedad. Concretamente, la fragmentación social se traduciría en espacios de inclusión diferenciada y desigual, que coexisten y se repelen mutuamente, sin un espacio intermedio de amortiguación. Se proponen cuatro dimensiones de la vida social en las cuales se podría evidenciar la existencia de dos mundos paralelos que no se mezclan: el sistema de enseñanza, el mercado de trabajo, las prácticas de consumo y la expresión espacial.

Palabras clave: Desigualdad social; Fragmentación social; Escuela; Trabajo; Consumo; Espacio; Juventud; México

ABSTRACT:

Among the experiences (school, work, consumption and space) of the young people, the author analyses the idea of social fragmentation, which would characterize Latin American societies and, specifically, Mexico: How can we live in and with social inequality? Fragmented societies would be defined as societal systems of reciprocal exclusions and unequal inclusions. Among other factors, tolerance, rejection or suffering of inequality is possible to the coexistence of isolated and distant worlds within the same society. Specifically, social fragmentation would result in spaces of differentiated and unequal inclusion, which coexist and repel each other, without an intermediate space for buffering. Four dimensions of social life are proposed in which the existence of two parallel worlds that do not mix can be evidenced: the education system, the labor market, the consumption practices and the space.

Keywords: Social Inequality; Social Fragmentation; School; Work; Consumption; Space; Youth; Mexico

Introducción

Contaba el profesor Pablo Gentili la historia del zapato perdido de su hijo Mateo. Vivían en ese entonces en Río de Janeiro y salieron “a hacer unas compras”. Tras caminar “unas cuadras”, Mateo “se durmió plácidamente en su cochecito”. Como se le iba a caer uno de sus zapatitos, el padre decidió quitárselo del pie para evitar que se pudiera perder. Tanto de camino al supermercado como dentro de él, fueron numerosas las personas que detuvieron a Pablo con el objetivo de advertirle que su hijo había perdido el zapato. Estas “muestras de solidaridad y alerta” dieron pie a un primer interrogante: “¿Por qué, en una ciudad con decenas de familias viviendo a la intemperie, el pie superficialmente descalzo de Mateo llamaba más la atención que otros pies cuya ausencia de zapatos es la marca inocultable de la barbarie que supone negar los más elementales derechos humanos a millares de individuos?” Posteriores reflexiones más profundas apuntaron hacia la “indignante” fragmentación y dualización de las sociedades latinoamericanas en las cuales es absolutamente *normal* la concentración de riqueza en pocas manos y la exclusión de millones de personas “por debajo de la línea de pobreza” (Gentili, 2001, pp. 1-2).

Desde luego, como muestra el texto de Gentili, la representación de las sociedades latinoamericanas como fragmentadas no es algo novedoso. Sin embargo, en los últimos años, numerosos autores (Bauman, 2011; Martínez, Lorenzen & Salas, 2015; Pires do Rio, 2007; Saraví, 2009; 2015) están tratando de avanzar en los contenidos de la fragmentación social haciendo un mayor énfasis en las dimensiones subjetivas de la misma. Concretamente, Saraví (2015, p. 21) propone una definición de fragmentación social como “sistema societal de exclusiones recíprocas e inclusiones desiguales”. Tal idea surge como reflexión profunda sobre cómo una sociedad –México- puede soportar sus crecientes niveles de desigualdad social. Las estimaciones ofrecidas por Esquivel (2015, p. 7) hablan de un 1% de la población mexicana que controla el 21% de “los ingresos totales” y de un 10% que controla el 64,4% de “toda la riqueza”. Saraví (2015) entiende que esta brecha entre ricos y pobres es posible, entre otros factores, a la coexistencia de mundos aislados y distantes dentro de una misma sociedad.

En el contexto socio-histórico del neoliberalismo, el presente texto aporta una descripción y un análisis sobre diferentes experiencias de integraciones desiguales y exclusiones recíprocas. Buscando una mayor claridad analítica, se proponen cuatro dimensiones de la vida social en las cuales se evidencia la existencia de dos mundos “paralelos” que no se mezclan. Esta división está justificada en el sentido que nos proporciona las cuatro figuras principales de la vida cotidiana de la gente (Juan, 2000, p. 127): la escolarización (el estudiante), la producción (el trabajador), el comercio y el ocio (el consumidor y el *homo sapiens-ludens*) y la vivienda (el habitante).

1. En la escuela, la dualización estaría representada, por un lado, en una escuela *total* para jóvenes privilegiados y, por otro lado, en una escuela *acotada* para jóvenes menos privilegiados (Saraví, 2015). Para el análisis, se tienen en cuenta variables como el tipo de centro (público o privado), la simultaneidad de trabajo y estudios por parte de los estudiantes, las actividades y ayudas extraescolares, o el capital cultural de la familia de origen.

2. En el trabajo, la polarización estaría representada en trayectorias laborales de *éxito* y de *fracaso* entre los jóvenes de diferentes orígenes socioeconómicos y socioculturales. Por un lado, para los menos privilegiados, la sucesión de empleos informales y precarios se convierte en una constante que les mantiene en situaciones de vulnerabilidad y exclusión social. Por otro lado,

para los más privilegiados, los posibles primeros empleos precarios dan paso a puestos de trabajo formales cada vez mejor remunerados y de mayor prestigio social (Bourdieu, 2011[1997]; Casal, Merino & García, 2011).

3. La fragmentación social estaría representada igualmente en las prácticas de consumo, las cuales dan lugar a diferentes estilos de vida. Por un lado, los más privilegiados experimentan un consumo *firme* caracterizado por las primeras marcas, el *iPhone*, el viaje a Europa o el *shopping* en Nueva York. Por otro lado, los menos privilegiados experimentan un consumo *lábil* caracterizado por los productos de imitación, el teléfono celular sin crédito, el viaje a la capital del país o las fiestas en colonias populares (Salas & González-Fuente, 2017).

4. Finalmente, las experiencias de las personas en el territorio representan drásticamente las sociedades dualizadas: los más privilegiados experimentan zonas *exclusivas* y concentradas (urbanizaciones privadas y protegidas; barrios sin transporte público; centros comerciales) frente a las zonas *abiertas* de los menos privilegiados (cinturones periféricos; asentamientos irregulares; transporte público; mercados en la calle) (Pires do Rio, 2007).

Por supuesto, la fragmentación social opera en un sinfín de dimensiones de la vida social (escuela, trabajo, consumo, ocio, vivienda, servicios de salud, participación política, transporte, espacios públicos, etcétera). En este texto, nos vamos a centrar en el análisis de cuatro de estas dimensiones las cuales, en todo caso, están absolutamente interrelacionadas: el sistema de enseñanza, el mercado de trabajo, las prácticas de consumo y la expresión espacial (ciudad / campo).

La fragmentación social. Integraciones desiguales y exclusiones recíprocas

¿Cómo es posible vivir juntos en sociedades tan profundamente desiguales? se pregunta Saraví (2015); ¿Cómo se vive *en* y *con* la desigualdad?; ¿Cuáles son sus consecuencias en las experiencias de los jóvenes y de las personas en general? Con el objetivo de responder a esas preguntas, el mismo autor plantea la hipótesis de reconocer la idea de la fragmentación social o, en otras palabras, pensar en espacios que combinen al mismo tiempo formas de integración desigual y formas de exclusión recíproca. En este contexto, hablaríamos de la coexistencia de mundos social y culturalmente distantes y aislados unos de otros, con espacios urbanos-rurales, escolares, laborales y de consumo fragmentados (Saraví, 2015, pp. 14-15).

Por un lado, cuando habla de exclusiones recíprocas, Saraví (2015, pp. 36-37) se refiere a la posibilidad de identificar espacios de inclusión diferenciada y desigual, que coexisten y se repelen mutuamente, sin un espacio intermedio significativo de amortiguación. En esta línea, el privilegio y la privación no son exclusiones relativas con respecto a los estándares *normales* (clases medias). La privación y el privilegio dan cuenta de la coexistencia de mundos aislados, uno que consolida espacios de inclusión desfavorable, y otro que consolida espacios de inclusión privilegiada.

Por otro lado, cuando habla de inclusiones desiguales, Saraví (2015, p. 37) se refiere al funcionamiento de las instituciones y sus mecanismos diferenciados de integración. Entonces, la fragmentación social combina la jerarquía propia de la desigualdad con la ruptura de relaciones entre categorías de la población. Es más, y aquí reside la cuestión fundamental, la fragmentación social es producto de una profundización de la desigualdad objetiva (brechas en las condiciones estructurales) pero también de la desigualdad subjetiva, repertorios y fronteras socioculturales que alejan a privilegiados y no-privilegiados y produce extrañamiento recíproco entre ambos. En otras palabras, hablamos de la coexistencia de mundos aislados y distantes

dentro del mismo territorio, de un distanciamiento sociocultural implícito entre las clases más favorecidas (contexto de privilegio) y las clases populares (contexto de privación) (Saraví, 2015, p. 21).

En este punto, se requiere definir claramente tanto las dimensiones objetivas como las dimensiones subjetivas de la fragmentación social. Las primeras refieren a la descripción objetiva de la desigualdad como categoría multidimensional. La desigualdad no ha de confundirse con la vida de los pobres, sino que tiene la otra cara del fenómeno en la riqueza y el privilegio (Bauman, 2011, pp. 36-37; Giroux, 2003: 46-70). Así, por ejemplo, mientras la pobreza es considerada un problema social, no ocurre lo mismo con la riqueza. Existe un sentido común que considera que los pobres no debieran ser tan pobres, e incluso muchas personas llegan a pensar que los ricos no debieran ser tan ricos. Sin embargo, este pensamiento se desvanece enseguida, “no sólo como consecuencia de la frivolidad discursiva de los medios de comunicación de masas (con su inagotable capacidad de banalizar lo importante y sacralizar lo trivial), sino también por la propia fuerza que adquiere todo aquello que se torna cotidiano, o sea, *normal*” (Gentili, 2001, p. 3).

La dimensión subjetiva de la fragmentación social requiere centrar el análisis en la experiencia del sujeto. Se trata de analizar cómo viven los sujetos la desigualdad desde sus propias experiencias, sentidos, emociones, reflexiones, expresiones. Saraví (2015, pp. 39-51) entiende que se puede hablar de al menos tres categorías de la dimensión subjetiva de la desigualdad.

1. La dimensión subjetiva cultural refiere al repertorio cultural que consideramos de *sentido común*, de supuestos inconscientes, que se ven como naturales, *normales*. Esto se refiere a elementos como el dar por entendido que el zapato de Mateo se hubiera perdido y no que le faltara por necesidad; el naturalizar que los ricos no vayan en transporte público; o el ver obvio que los menos favorecidos vayan a hacer las compras al mercado callejero.

2. La dimensión subjetiva social refiere a la desigualdad que es producida y reproducida, de manera inadvertida, por los propios individuos a través de sus relaciones sociales cotidianas. Esta dimensión incluye prácticas como hacer determinados amigos ya sea en el club privado, ya sea en el barrio; casarse con determinadas personas; o elegir los cines para ver una película.

3. La dimensión propiamente subjetiva estaría ligada a la emotividad y reflexividad del individuo. Se refiere a todas las emociones que permiten a un individuo (rico o pobre) ignorar o sentir indiferencia por otro (rico o pobre) y focalizar la emotividad en espacios menos desestabilizadores (el consumo y/o el ocio). Se refiere también a los mecanismos para resolver incongruencias, contradicciones irresueltas, dilemas. En suma, esta dimensión se puede representar con toda la serie de percepciones en los que el individuo entiende que la miseria – desde la perspectiva de los ricos- y la fortuna – desde la perspectiva de los pobres- es responsabilidad de los propios individuos y consecuencia del emprendimiento personal (Giroux, 2003, p. 34).

Finalmente, el análisis de la dimensión subjetiva de la fragmentación social consiste en explorar cómo los individuos aprehenden una sociedad fragmentada como realidad objetiva y cómo, acorde a esa realidad, desarrollan una experiencia social que produce y reproduce esa fragmentación. Una realidad parcial y relativa se transmite e internaliza como realidad objetiva, y ello resulta determinante para la fragmentación social (Saraví, 2015, pp. 52-53). A partir de este momento, se analizan algunos espacios clave en los que transcurre la experiencia biográfica de los jóvenes. En estos espacios confluyen las desigualdades estructurales que dan lugar a espacios de exclusión recíproca e integración desigual.

La fragmentación socio-educativa

Visto en retrospectiva, sería ingenuo negar los avances en educación en América latina y, específicamente, en México: universalización de la educación básica, reducción del fracaso y absentismo escolares, ampliación de los años de escolarización, mejoras de las infraestructuras y calidad de los servicios públicos escolares. Sin embargo, esto no ha significado acabar con los procesos que hay detrás de la exclusión de los grupos menos favorecidos. De hecho, son numerosos los autores (Bourdieu, 2011[1997], pp. 96-99; Fernández Enguita, 2004, pp. 42-44; Granados, 2008, p. 137) que llegan a argumentar que la escuela resulta fundamental para legitimar y hacer socialmente justas las desigualdades sociales. En esta línea de análisis, autores como Gentili (2001) y Saraví (2015) hablan de integración desigual o segregar incluyendo. Es más, la escuela se ha adaptado a las desventajas de los sectores previamente excluidos. Estas desventajas no desaparecen, sino que son trasladadas o incorporadas a la escuela. Y esta adaptación se ha dado a través de la segmentación del sistema educativo.

En este punto, corresponde definir las dimensiones objetiva y subjetiva de la fragmentación socio-educativa. Desde luego, la dimensión objetiva no puede resolverse categorizando entre escuelas públicas y privadas. Siguiendo a Saraví (2015, p. 67), entendemos que la segmentación escolar tiene tres componentes esenciales. El primero responde al grado de homogeneización social de las familias. Por ejemplo, piénsese en la ubicación de la vivienda, desde la periferia de una ciudad hasta un área residencial exclusiva. El segundo incluye todo lo que se puede catalogar como infraestructura pedagógica: instalaciones, materiales, actividades extraescolares. Esto se puede representar si pensamos en una escuela establecida en un inmueble a medio terminar frente a un edificio con múltiples servicios. El tercer componente refiere a la denominada “calidad educativa”: estrategias organizativas y didácticas, habilidades y capacidades de los docentes y directivos, números de horas de clase, precios de matrícula muy bajos frente a precios más altos (Anyon, 1981). En definitiva, las escuelas con mejor desempeño son también las que concentran a los estudiantes con mayor capital cultural y económico. Y viceversa. La inclusión ha sido y es desigual, con formas de integración diferenciadas.

Ahora bien, la fragmentación socio-educativa no es solo que la escuela ofrece realidades y oportunidades diferentes. Subjetivamente hablando, a la escuela le ofrecen biografías distintas. En otras palabras, ya sabemos que la escuela ofrece realidades diferentes a pobres y ricos; pero también pobres y ricos ofrecen biografías diferentes a sus respectivas escuelas. Analizado en detalle, no resulta difícil aventurar que los estudiantes que tienen computadoras, un mayor número de libros en casa y, en definitiva, mayor capital cultural, asisten a las escuelas mejor equipadas. Esos mismos estudiantes reciben mayor ayuda de sus padres y familiares en el proceso de aprendizaje, y realizan más actividades extraescolares. Son también los que más horas pasan en el recinto escolar, los que más participan, y los que más disfrutan de sus escuelas, donde la enseñanza es más personalizada. Muchos de estos estudiantes “se aburren” pero saben que la obtención del título escolar (además de las redes personales e institucionales que se dan en el centro escolar) es el boleto de entrada formal al mercado de trabajo (Saraví, 2015, p. 115). A todo este contexto es a lo que Saraví (2015) denomina la *escuela total*, un espacio de socialización, de formación de identidades, de definición de estilos de vida e interacción social, e incluso de consumo. En este punto, merece la pena señalar que no todas las escuelas privadas son iguales, pero todos los sectores más privilegiados sí se concentran en unas pocas escuelas privadas. El perfil del estudiante *total* sería el hijo de familias con padres profesionales o empresarios, con altos ingresos y residentes en determinadas áreas de las ciudades, disfrutan de vacaciones fuera de su país y viajan con cierta frecuencia, visitan los mismos restaurantes y centros comerciales, se mueven con sus vehículos particulares o incluso algunos tienen chofer y/o guardaespaldas, utilizan *laptop* y *iPhone*, y un largo etcétera.

Desde otra perspectiva, los niños y jóvenes que asisten a las escuelas peor equipadas y basadas en procesos de enseñanza tradicionales carecen, en su mayor parte, de libros y computadoras. Asimismo, el clima educativo en sus casas es bajo. En esas mismas escuelas, los grupos son excesivamente numerosos y hay escasez de actividades extracurriculares. Los estudiantes son *desmadrosos* y/o se aburren, interpretado como la salida de los jóvenes de un juego que saben o intuyen perdido desde el inicio (no hay relación entre la escuela y sus trayectorias laborales) (Willis, 1988[1977]). Es la *escuela acotada*, un espacio que va perdiendo centralidad en la vida de los jóvenes a medida que pasan los cursos. En la inestable vida cotidiana del estudiante *acotado*, la escuela es una actividad más entre otras, sobre todo, el trabajo asalariado (informal y con sus propias familias y personas de la comunidad inmediata) y el trabajo doméstico no remunerado (Rodríguez & Cooper, 2005). En definitiva, a medida que avanzan los cursos, las expectativas hacia la escuela van perdiendo fuerza con respecto al trabajo.

Articulación de la fragmentación socio-espacial y la escuela

Existe una fuerte asociación entre escuela y espacio o, en otras palabras, entre la homogeneidad social de los centros escolares y los procesos de segregación residencial (Saraví, 2015, pp. 94-95). Y esto tiene implicaciones socioculturales (subjetivas) muy importantes que retroalimentan la segregación espacio-escolar: los recorridos y lugares que se conocen en los desplazamientos diarios (avenidas amplias sin apenas transeúntes frente a calles muy transitadas y rodeadas de mercados), el tipo de transporte que se utiliza (las paradas del metro, autobús y taxi públicos frente a los estacionamientos vigilados para vehículos particulares), las características urbanísticas del centro escolar (los centros sin barreras estrictas de ingreso que casi parecen dar continuidad al mundo exterior frente a los centros protegidos por diversos controles de seguridad y rodeados de muros, jardines o grandes estacionamientos). Estos elementos espaciales hacen que las personas pertenecientes a los grupos privilegiados perciban su trayectoria escolar como segura e incluso previsible frente a las dudas e incertidumbres que una gran cantidad de pequeños incidentes genera en los estudiantes pertenecientes a los grupos menos privilegiados. Por ejemplo, una simple enfermedad, la falta del dinero para el transporte, una discusión con la pareja o el grupo de pares, pueden ocasionar un abandono temporal e incluso permanente de la escolaridad. Esta asociación entre escuela y espacio refuerza la homogeneidad social, la previsibilidad de ciertas pautas de interacción y formas de comportarse, el temor y desconfianza hacia el “otro”, lo que tomado conjuntamente contribuye a la fragmentación social.

La fragmentación socio-laboral

En el trabajo, la polarización estaría representada por las trayectorias laborales de *éxito* o *fracaso* entre las personas de diferentes orígenes socioeconómicos y socioculturales (Bourdieu, 2011[1997], p. 98; Casal, Merino & García, 2011, p. 1157). Si bien es cierto que, al inicio de las trayectorias laborales, la mayoría de los jóvenes se inserta en empleos caracterizados por condiciones precarias, a medida que avanza la edad, los procesos se bifurcan (Casal, 2007, p. 371). Por un lado, para los menos privilegiados, la sucesión de empleos informales y precarios se convierte en una constante que les mantiene en situaciones de vulnerabilidad y exclusión social. Por otro lado, para los más privilegiados, los posibles primeros empleos precarios dan paso a puestos de trabajo formales cada vez mejor remunerados y de mayor prestigio social.

A manera de hipótesis, se entiende que la transición al mercado de trabajo se experimenta diferencialmente, estando estrechamente asociada a la posible presencia de mecanismos socialmente estructurados de asignación diferencial de oportunidades laborales. En otras palabras, las transiciones formativo-laborales son procesos que consolidan y profundizan las desigualdades sociales existentes, dando lugar a una sociedad crecientemente fragmentada y polarizada (González de la Fuente, 2012). En este sentido, existen tanto procesos de acumulación de desventajas (entrampamiento de los individuos en situaciones desfavorables que se reproducen y acrecientan a lo largo de la vida laboral), como procesos de integración socio-laboral a distintas velocidades (desde mejoras salariales hasta la consolidación de carreras profesionales altamente remuneradas y de gran prestigio social). Se puede reflexionar entonces sobre un mismo fenómeno en términos de modalidades polarizadas de integración y de inclusión desfavorable o exclusión social. Así, por ejemplo, en México podemos encontrar individuos con seguros de salud y acceso a las clínicas privadas, individuos usuarios del sistema público de sanidad, e individuos sin acceso a ninguno de ellos; o podemos encontrar individuos que ya invierten en pensiones privadas, individuos que cuentan con las pensiones del Estado, e individuos que dependerán de las redes familiares y de amigos para sobrevivir en su vejez (Saraví, 2009, p. 26).

Más específicamente, los roles y transiciones asociados con la juventud pueden diferir en forma y tiempo entre grupos de individuos pertenecientes a una misma sociedad. La forma y el tiempo en que se experimente la juventud –a través de múltiples microescenarios laborales de interacción- dependerán y variarán sustancialmente en función de las acciones y decisiones que los individuos tomen en el marco de las constricciones y oportunidades imperantes en un determinado contexto sociohistórico.

En primer lugar, la temporalidad o calendario de las transiciones –qué tan temprano ocurran o qué tanto se posterguen ciertos eventos clave- representa fracturas profundas en las oportunidades futuras, de manera que acentúa procesos de desigualdad social a través de consecuencias en los comportamientos que activan procesos de acumulación de ventajas o desventajas. En segundo lugar, la forma o modalidad de las transiciones –qué tan estables e institucionalizados vivan los jóvenes la transición formativo-laboral- coloca a los individuos en un aprovechamiento desigual de las oportunidades, dando por resultado procesos de creciente desigualdad y polarización que, en algunos casos, llega a la exclusión social. Por ejemplo, un embarazo adolescente no deseado puede desencadenar un círculo de desventajas: abandono de la escuela, incorporación apresurada a trabajos precarios e informales, expulsión del hogar de origen, etcétera.

Entonces, las transiciones estables y tempranas –inserción en trabajos cualificados y de carrera profesional de reconocido prestigio social- van asociadas a los sectores más privilegiados y a los miembros de la cultura dominante, quienes completarían la integración –permitida y estimulada- a las instituciones fundamentales de la sociedad. Las transiciones inestables y prolongadas –inserción en trabajos informales (alejados de las relaciones laborales regladas) o marginales (por ejemplo, prostitución)- coincidirían con las experiencias biográficas irritablemente desiguales –sectores menos privilegiados y subculturas¹-, quienes tendrían el

¹ Partiendo de la base de que existe en las sociedades actuales una amplia pluralidad de culturas, el repertorio cultural dominante es aquel que, sin incluir necesariamente a la mayoría de la gente, logra una mayor aceptación –apoyada decisivamente por las instituciones económicas, políticas y los medios de comunicación en su transmisión, aceptación y reproducción- en cuanto a los principios, valores, costumbres y consistencia de sus rasgos culturales; el resto de subculturas son juzgadas a partir de la cultura dominante. Finalmente, el repertorio cultural dominante es el del grupo de la sociedad que tiene suficiente poder para definir el marco cultural (Taguena, 2009, p. 163).

acceso restringido a ciertas instituciones de la sociedad, e incluso se verían excluidas de ellas. Entre estas dos posiciones polarizadas, nos encontraríamos un haz de formas sociales de integración, desde la inserción en trabajos cualificados caracterizados por su estabilidad (empleos fijos) hasta la inserción en trabajos poco cualificados y con riesgo de desempleo (empleos temporales). Por tanto, esta fragmentación no se lee en términos antagónicos, sino de diferentes miradas sobre la base de un mismo diagnóstico: los niveles de desigualdad social en México se expresan en procesos de integración diferenciados, dándose por un lado accesos restringidos y/o exclusiones respecto a ciertas instituciones, y por el otro, procesos de inclusión en diferentes grados.

En cuanto a la dimensión subjetiva de la fragmentación socio-laboral se refiere, llama poderosamente la atención la capacidad de las personas menos privilegiadas a la hora de asumir como una responsabilidad propia la carencia de recursos o ingresos, optando en una mayoría de ocasiones por estrategias individualizadas. Por un lado, las personas tienen incorporado desde temprana edad a su acervo cultural la denominada cultura del esfuerzo y del emprendimiento, ambas cuestiones ligadas a la influencia que las agencias de socialización ejercen sobre ellos: familia, grupo de pares, comunidad inmediata, escuela, medios de comunicación. Se observa que las expectativas de lo que a los jóvenes les gustaría estudiar desaparecen en el momento en que se presenta una oportunidad laboral que se traduzca en ingresos monetarios. El trabajo no constituye un fin en sí mismo, sino un medio. El dinero se convierte en un elemento de gran centralidad y atracción en el sentido de que se utiliza para expandir las posibilidades de consumir productos –como telefonía móvil, ropa y accesorios– asociados a las connotaciones simbólicas que acompañan e intervienen en los procesos de construcción identitaria (Hernández Flores, 2017, p. 64). Al mismo tiempo, como documenta Flores (2009, p. 103), “el consumo es efímero, desechable”: la mayoría de los gastos que tienen los jóvenes menos privilegiados se realizan antes incluso de recibir los salarios, lo que provoca que las personas tengan que seguir trabajando para pagar sus deudas. Además, los primeros empleos de estos jóvenes están significativamente asociados a la existencia de una oferta informal cuyas condiciones son establecidas por personas –propietarios y/o arrendatarios de pequeños negocios, trabajadores asalariados– que implementan y desarrollan la precariedad y la flexibilidad hasta el límite. Así pues, existe un sentido común que naturaliza la búsqueda del máximo beneficio por encima de cualquier otra consideración, como el ejercicio de los derechos laborales y las solidaridades de clase (Giroux, 2003, p. 48). Finalmente, estos jóvenes no tienen representaciones claras sobre la riqueza, más allá de considerarla como la posibilidad de lograr ciertas cosas con menor esfuerzo (Saraví, 2015, p. 241). Por supuesto, llegar a pensar que la excesiva riqueza de unos está directamente relacionada con la privación de una mayoría es absolutamente excepcional.

En contraposición, las personas pertenecientes a los grupos de mayor privilegio comparten una perspectiva de la ideología neoliberal que les posiciona como los generadores de riqueza y, con ello, de empleos que benefician principalmente a los más desfavorecidos. En ningún caso, se asume la excesiva riqueza como una responsabilidad del grupo social al que pertenecen. La riqueza también se vincula al “trabajar duro” o al “saber aprovechar las oportunidades”. Igualmente, la pobreza de los otros se atribuye a la actitud y decisiones personales o, en el mejor de los casos, al límite que imponen ciertos atributos culturales “híbridos” (Apple, 2001, p. 22); se le resta importancia a la clase social, haciendo referencia a cuestiones meritocráticas: uno recibe en función de lo que se lo trabaja. Finalmente, las personas más privilegiadas pueden llegar a hablar de “desigualdades justas, e incluso positivas” (Saraví, 2015, p. 240). Es más, para el caso mexicano, los pobres son considerados “culpables” de su propia situación, de no hacer lo necesario para salir de la espiral de pobreza (Bayón, 2012, p. 148). Desde luego, la caracterización de la desigualdad como inevitable, necesaria y justa dan como resultado sociedades con alta tolerancia hacia la desigualdad, escaso compromiso con los menos

favorecidos, y una aceptación generalizada de la no intervención del estado en políticas sociales (Saraví, 2015, p. 243).

Articulación de la fragmentación socio-espacial y el trabajo

Una de las principales características de las ciudades latinoamericanas (y seguramente del resto del mundo) es su capacidad de atracción de las actividades económicas especializadas como, por ejemplo, los servicios financieros, los servicios de investigación y desarrollo, los servicios de telecomunicaciones y, por supuesto, las zonas específicas donde se ubican las empresas de negocios. Al mismo tiempo, se registra un desplazamiento de la población y de las actividades manufactureras hacia las periferias metropolitanas y hacia otras ciudades vecinas (Villarreal, 2007, p. 76).

En líneas generales, se pueden destacar, entre otras, las siguientes características de las ciudades latinoamericanas (Villarreal, 2007, pp. 80-81): 1. La zona centro se divide en dos partes, una tradicional (el histórico-turístico) y otra moderna (los corredores de oficinas corporativas); 2. Aparecen los centros comerciales en la periferia de los barrios residenciales; 3. Las grandes plantas manufactureras acaban en parques industriales, siendo separadas de esta manera de la distribución comercial; 4. Al lado de los barrios residenciales se localizan los barrios de clase media, con el objetivo de aprovechar las ventajas de acceso, seguridad y estatus; 5. Los gobiernos inician la construcción de viviendas para grupos de bajo ingreso alrededor de los parques industriales; y 6. Destacan los procesos de gentrificación que se están dando en los centros históricos.

Mención aparte merece el tema de la distribución fragmentada de los riesgos que son consecuencia de la contaminación y el deterioro medioambiental provocada por los desechos industriales y urbanos. El capitalismo no sólo ha repercutido físicamente en el medio ambiente, sino también en el sentido común asociado a los riesgos. Así, en primer lugar, es notorio el esfuerzo de los grupos dominantes por trasladar los residuos a espacios donde residan poblaciones menos favorecidas. En segundo lugar, el discurso hegemónico consigue que los riesgos sean percibidos por la población expuesta a ellos como mínimos o incluso inexistentes y, en todo caso, consigue alterar la habilidad de los sujetos más pobres de controlar o resistir las acciones o intereses de los más ricos. Por ejemplo, con respecto a los agricultores que viven y trabajan la tierra cerca de ríos contaminados, el hecho de que las plantas sigan creciendo minimiza el que el agua pueda acarrearles diferentes enfermedades. Asimismo, el obrero de la fábrica que contamina va a priorizar su empleo a los previsible pero lentos problemas de salud (Velasco, 2017b, p. 254).

La fragmentación en el consumo

El punto de partida de este apartado es la estrecha relación entre desigualdad social y prácticas de consumo. Siguiendo con la hipótesis de la fragmentación social, esta se expresa nítidamente en los polarizados estilos de vida. A nivel objetivo, el consumo es una expresión de la posición en la estructura social. En una sociedad capitalista de mercado, lo que se compra, cómo se compra y dónde se compra tiene una relación directa con la capacidad económica de las personas (Giroux, 2003, p. 159). El mercado se constituye así en un mecanismo de polarización a través de la segregación en términos de las capacidades diferenciales de consumo de la población (Rivera, 2012, p. 121). Por ejemplo, llevar una bolsa original de Louis Vuitton no es lo mismo que llevar una bolsa de copia o *pirata*; la primera se compra en una

tienda oficial ubicada en un centro comercial y la segunda en un mercado popular; comprar la primera implica un estilo de vida que depende de un fuerte ritmo económico y comprar la segunda implica un estilo de vida propio de la informalidad.

Ahora bien, la relación del consumo con la clase social no es unidireccional, sino más bien se trata de una relación recíproca. El consumo no solo refleja las desigualdades de clase, sino que las establece y construye. Entonces, en cuanto a las especificidades y contrastes entre los estilos de vida de los sectores más privilegiados y los menos favorecidos, el consumo supone posibilidades y oportunidades para los primeros, y restricciones y constreñimientos para los segundos. Específicamente, el consumo juvenil se organiza a partir del eje formalidad-informalidad. Por un lado, los jóvenes privilegiados experimentan mercancías originales –las marcas- obtenidas en centros comerciales. Por otro lado, el sector informal (tianguis², mercadería ilegal) representa para los jóvenes de los sectores populares la principal vía de acceso a los bienes materiales y culturales.

En este punto, resulta extremadamente interesante profundizar en la relación dialéctica entre consumo y producción, en el sentido de que existe una articulación directa entre la condición precaria del trabajo y las dinámicas y posibilidades de consumo de la población. Velasco (2017a) informa sobre la relación entre las condiciones de vida y trabajo en la subindustria del pantalón –los jeans- y el consumo de mercancías baratas –de imitación de las marcas originales-. Por un lado, la inestabilidad de los pagos, la ausencia de prestaciones, la flexibilidad horaria, la desprotección sanitaria (ciertas tareas del proceso de producción de los jeans implican la manipulación directa de químicos nocivos para la salud) son las características de las condiciones laborales de la población. Por otro lado, esta flexibilidad y precariedad laboral permite el abaratamiento de los costos y, consecuentemente, posibilita un consumo de bienes y servicios (teléfonos, zapatos, ropa, accesorios a bajo coste) a trabajadores igualmente precarios. En palabras de Velasco (2017a, p. 42), “la producción pirata, ilegal y precaria posibilita el consumo de una multitud proletaria y es el motor de un circuito de subsidio mutuo que ha contribuido a reconfigurar a estos sujetos [...] como neoliberales”.

En otro orden de cosas, la creciente desigualdad ha incentivado la aparición de sistemas de financiamiento que pretenden facilitar el consumo. Bajo la premisa de ofrecer mayor accesibilidad al consumidor con bajos recursos, lo que se produce es el encarecimiento de la pobreza y, en definitiva, el consumo supeditado a la deuda se presenta como un mecanismo de fragmentación social (Miranda, 2017). Por ejemplo, el pago fraccionado en los comercios Coppel o Elektra en México permite que la población no bancarizada y/o que no tenga un empleo estable adquiera todo tipo de electrodomésticos, tecnologías de la comunicación, vehículos y ropa. Sin embargo, la penalización por caer en impagos inicia, entre otros procesos, situaciones de acoso y un marcado desgaste del capital económico y social (por ejemplo, con familiares avalistas).

Desde el punto de vista subjetivo, el consumo ofrece una amplia gama de experiencias que permiten profundizar en las dimensiones cultural, social y propiamente subjetiva. Siguiendo a Bourdieu (2012[1979]), el consumo de bienes y servicios, y los estilos de vida tienen la capacidad de construir murallas o abrir puertas. Por un lado, los bienes y actividades que son objeto o contexto de consumo funcionan como fronteras que delimitan los estilos de vida. Por otro lado, las experiencias de consumo construyen y reproducen espacios socioculturalmente

² *Tianguis*, palabra de origen náhuatl que proviene de *tianquiztli* que significa sitio para vender, comprar o permutar (Montemayor, 2007); se utiliza como el mercado que se realiza al aire libre un día específico de cada semana.

homogéneos, los cuales generan distanciamiento social ya sea por ajenidad, incompatibilidad o desconocimiento del otro (Saraví, 2015, p. 220).

En cuanto a la dimensión subjetiva cultural, las prácticas de consumo se van asumiendo como naturales por parte de las propias personas. Así, el estilo de vida no se construye únicamente por ciertos bienes o marcas. Incluye toda una serie de aspectos que expresa una condición de clase (dimensión objetiva) pero que también “va nutriendo la vida y experiencia cotidiana para constituirse finalmente en la práctica de una condición de clase” (Saraví, 2015, p. 198). Estos aspectos van desde una concreta forma de hablar –con ciertas palabras, formas de saludar, expresiones y actitudes- hasta las actividades que ocupan el tiempo de ocio. Procesos tan simples como la soltura en determinados contextos, las diferencias de gustos y modales, son rutinas que reproducen la jerarquía y la distancia social. Es más, esta distancia no sería en principio negativa si no fuera porque se encuentra atravesada por una profunda desigualdad (Saraví, 2015, p. 223). Por ejemplo, un estudiante menos privilegiado puede acceder a través de becas a centros educativos privados de prestigio. Sin embargo, a la hora de generar relaciones entre los más privilegiados y los menos privilegiados, estos pueden pagar la matrícula y *estar* pero no podrán pagar y compartir el estilo de vida, el *shopping* en EE.UU., las vacaciones en Riviera Maya, o las salidas de ocio nocturno a los pubs y restaurantes *de moda*.

La dimensión subjetiva social incide en el significado social que ciertos bienes tienen en relación con las personas con las que se comparte cotidianidad. Por ejemplo, los espacios y actividades de ocio difieren sustancialmente entre los jóvenes más privilegiados y los menos favorecidos. Mientras los primeros acuden al cine usualmente en el contexto de centros comerciales, los jóvenes pertenecientes a las clases populares acuden en contadas ocasiones o incluso no lo hacen.

Finalmente, en cuanto a la dimensión propiamente subjetiva, se puede señalar que el consumo es importante para todos los sectores sociales. Los estímulos del consumo a través de la publicidad y los medios de comunicación llegan a todos los sectores. Sin embargo, mientras para los menos privilegiados, el acceso limitado a bienes y servicios conlleva un sinfín de frustraciones³, los más favorecidos experimentan disfrute tanto del consumo físico (un viaje) como el hecho de compartirlo (con tus iguales). Estaríamos entonces ante el proceso de las exclusiones recíprocas: las prácticas de consumo generan lazos entre iguales, bloqueando el acceso de otros. En palabras de Bauman (2011, p. 107), “los mercados de consumo no evitan sino, por el contrario, facilitan el marchitamiento, el languidecimiento y la desintegración de los vínculos interhumanos”. En definitiva, la dimensión subjetiva del consumo (generación y reproducción de fronteras simbólicas) es esencial para hacer posibles distancias y diferencias materiales, económicas y políticas, constituyéndose así “una poderosa herramienta de legitimación de la estructura social desigual” (Saraví, 2015, p. 207).

Articulación de la fragmentación socio-espacial y el consumo

En este punto, es importante destacar el hecho de que la población se encuentra altamente fragmentada, con diversos estilos de vida, una gran polarización social y grupos humanos que

³ Más aún, la ampliación de bienes culturales y materiales se ha desarrollado en paralelo a la sustitución de “las proteínas de la dieta nativa por carbohidratos industriales” (Rivera, 2012, p. 121).

se distinguen por sus patrones de consumo. En el ámbito espacial, uno de los principales cambios en las ciudades fue el paso de una estructura con un solo centro a una polinucleada. Con ello, algunas plazas públicas, centros administrativos, nodos de transporte, tiendas o centros comerciales adquirieron un lugar estratégico y se conformaron en polos (López Levi, 2007, p. 107).

En México, como en otros países, las actividades de ocio se han desplazado de los espacios abiertos a entornos cerrados. Por ejemplo, cada vez menos niños juegan en la calle, la gente ya no saca su silla para sentarse a la puerta de su casa y observar quién pasa, ciertos grupos sociales casi ya no utilizan los parques y plazas, de manera que el espacio urbano se va segregando. Todo ello se ha visto fortalecido por la inseguridad, la cual ha estimulado la creación de comercios, parques y viviendas en entornos herméticos. Asimismo, se ha promovido una vida más hacia los interiores y se ha llenado de policías el espacio público.

En este contexto, el centro comercial representa una imagen idealizada del mundo contemporáneo. Se trata de un lugar multifuncional que cuenta con un grupo de establecimientos comerciales y en el que “las actividades se encuentran entrelazadas unas con otras y van encaminadas a un objetivo común: las ganancias monetarias y el buen funcionamiento económico del lugar para sus dueños e inversionistas”. Se presenta con una estructura que imita una calle con tiendas a sus lados, con bancos para sentarse, farolas y puestos comerciales que parecen vendedores ambulantes, pero no lo es. La gente se siente más segura adentro (López Levi, 2007, p. 110-118). Asimismo, los centros comerciales de las ciudades latinoamericanas se han desarrollado como espacios de “opulencia, verdaderos enclaves de riqueza (...) que ofrecen productos suntuarios, así como McDonald’s y restaurantes que son cadenas internacionales, los cuales contribuyen a homogeneizar el paisaje urbano” (Ziccardi, 2001, p. 105).

Por el contrario, la población menos privilegiada no siempre tiene acceso a lo que se vende en los centros comerciales, apoyándose en otro tipo de comercios, el ambulante, el del mercado popular, los productos piratas y aquellos que se encuentran en la economía informal. Tanto la plaza pública como el centro comercial tienen comercio, turismo, esparcimiento e interacción social, pero, en el caso de los grandes centros comerciales no se permiten manifestaciones políticas (el visitante no tiene por qué recordar la problemática social ni la suya propia) y actividades recreativas ni deportivas. Además, el medio ambiente está controlado en cuanto a temperatura, precipitación, calidad del aire, basura, etcétera. Así con todo, los centros comerciales representan un espacio social fragmentado, son una manifestación del poder y su espacio refleja una cultura dominante (López Levi, 2007, p. 120).

La fragmentación socio-espacial⁴

Este apartado se centra en el espacio como expresión más visible y palpable de la desigualdad y la fragmentación sociales, en un contexto sociohistórico marcado por la globalización y el neoliberalismo. En términos generales, se entiende neoliberalismo como “un estilo de gobierno

⁴ Con fines operativos, se entiende *espacio* como un conjunto concreto de localizaciones materiales de naturaleza muy variada que involucra actividades humanas. Estas actividades se localizan y se estructuran en organizaciones espaciales, de extensión variada que comprenden escalas desde el nivel local al mundial. El *territorio* no es un derivado del espacio: es un espacio organizado, ordenado, producto de las interrelaciones entre los actores. La sociedad elabora estrategias y acciones que llevan al ordenamiento territorial. Finalmente, orientarse a partir del *paisaje* implica saber dónde están los objetos con respecto a otros en el interior y en el exterior del espacio inmediato (Vargas, 2012).

en donde el Estado es gestionado como si se tratase de una empresa”, representando así “el abandono de la gestión pública como mediadora entre el mercado y la sociedad –redistribución– para ser sustituido por una administración cuyo principal objetivo es la competitividad y el crecimiento” (Cócola, 2016, p. 36).

Específicamente, a partir de los años noventa⁵, la relación público-privado adquiere unas nuevas características: se da una primacía de lo privado sobre lo público que impone o trata de imponer la propiedad privada en todos los sectores, tanto urbanos como rurales (Alvarado & Di Castro, 2013, p. 15; Martínez, Lorenzen & Salas, 2015, p. 316; Ziccardi, 2001, p. 104). Es más, la preeminencia de las lógicas neoliberales hace que cualquier intervención en la ordenación y gestión del territorio tenga que ser económicamente rentable y tenga como principales protagonistas a los sectores empresarial y financiero (AA.VV., 2016, p. 18). Estamos hablando por ejemplo de sustituir la plaza pública como lugar de encuentro por centros privados; el banco para sentarse por la terraza del restaurante; las tiendas tradicionales por los comercios elitistas y pertenecientes a multinacionales y, en definitiva, la vida en la calle, por experiencias tematizadas para el consumo. Por otro lado, más significativo aún si cabe, estamos hablando de la mercantilización de los ámbitos más importantes de la vida cotidiana, incluidos la habitabilidad y los espacios de sociabilidad; específicamente, hablamos de espacios que ya no contemplan ningún tipo de contacto humano más allá de la relación comercial (hoteles, palacios de congresos, centros comerciales, tiendas de diseño, tiendas de productos exóticos, galerías de arte, apartamentos turísticos); donde la cohesión social y la participación ciudadana se reducen a un divertido acto de consumo (AA.VV., 2016, pp. 17-18; Cócola, 2016, pp. 41-43).

Desde luego, a la hora de hablar de las ciudades latinoamericanas, el proceso de privatización está muy ligado a la incapacidad de los estados de garantizar la seguridad de los ciudadanos. Alvarado y Di Castro (2013, p. 19) consideran que el incremento de las urbanizaciones cerradas tiene una relación directa con la escalada de la violencia generalizada. Pires do Rio (2007, p. 12) da un paso más y señala que “el habla del crimen” (narrativas cotidianas, comentarios, conversaciones e incluso bromas y chistes sobre el crimen violento) consigue naturalizar “la percepción de ciertos grupos como peligrosos. De modo simplista divide el mundo entre el bien y el mal y criminaliza ciertas categorías sociales”.

Este proceso de urbanización y mercantilización tiene varios fenómenos asociados. En primer lugar, hablamos de segregación espacial, esto es, la concentración de población desfavorecida en territorios caracterizados por su degradación física y social (Martínez, Lorenzen & Salas, 2015, p. 316). Esto se expresa en la construcción tanto en espacios urbanos como espacios rurales de comunidades cerradas, esto es, espacios residenciales protegidos del exterior por bardas perimetrales, puerta de acceso regulada por guardias privados, etcétera, orientados a clases medias y altas. Se trata de lugares donde ni siquiera existen superficies destinadas a los peatones, lo que obliga al uso del automóvil. Aunque reciben la llegada de muchos trabajadores provenientes del “mundo real”, apenas hay comunicación y mucho menos convivencia entre los dos mundos (Martínez, Lorenzen & Salas, 2015, pp. 336-8).

⁵ En líneas generales, se puede hablar de tres grandes etapas en los patrones de diferenciación social y de separación espacial (segregación): desde finales del s. XIX hasta 1940, el espacio urbano se caracterizó como “ciudad concentrada” y heterogénea; entre 1940 y 1980 se puede hablar de la forma urbana “centro-periferia”, de manera que las clases media y alta se concentran en el centro y las clases bajas en los barrios periféricos; finalmente, desde los 90 hasta la actualidad, el principal instrumento de la segregación son los “enclaves fortificados”, “espacios privatizados, cerrados y monitoreados, para residencia, consumo, recreación y trabajo” (Pires do Rio, 2007, p. 257).

En segundo lugar, otro de los fenómenos es el de la gentrificación tanto urbana como rural. La gentrificación es el proceso de incursión de población externa en espacios ocupados por “nativos”, así como el proceso de incremento de valor de las propiedades y, finalmente, el proceso de expulsión de la población nativa hasta el punto de que se puede hablar de “desplazados” (Cócola, 2016, p. 45; Martínez, Lorenzen & Salas, 2015, pp. 317 y 332). Poco a poco, se van rehabilitando calles y viviendas, y los habitantes que no cumplen con el estatus de barrio renovado son expulsados; a su vez, las tiendas tradicionales se van quedando sin clientes ya que los nuevos residentes consumen en centros comerciales. Entonces, estas tiendas van cerrando y son sustituidas por nuevos establecimientos orientados hacia el turismo y personas de mayor nivel adquisitivo (AA.VV., 2016, p. 20). La gentrificación es sin duda un proceso a través del cual se transforma el espacio público en espacio de consumo, de diversión y espectáculo, en una *máquina de entretenimiento* a través del mismo tipo de elementos: centros históricos peatonales, bares y restaurantes con sus terrazas, actividades *culturales*, festivales de todo tipo, edificios espectaculares, puertos deportivos, etcétera. Finalmente, siguiendo a Cócola (2016, p. 54), “el antagonismo entre el barrio entendido como espacio abstracto del que obtener plusvalías y el barrio como lugar habitado es (...) expresión de la lucha de clases”.

Ambos procesos de segregación socioespacial pueden denominarse como fragmentación espacial. En términos objetivos, la fragmentación socio-espacial es la concentración de población en determinados territorios en función de sus condiciones socioeconómicas y/o socioculturales⁶. Pensemos en ciertas representaciones de las ciudades latinoamericanas: condominios y edificios lujosos en zonas residenciales frente a barrios y edificios precarios en las periferias metropolitanas y hacinados en los asentamientos irregulares; exclusivos centros comerciales y tiendas de precios inaccesibles frente a los mercados informales en las calles; automóviles de lujo frente a los medios de transporte público; avenidas amplias, limpias, con fuentes y jardines frente a calles irregulares, con mayor presencia de residuos y sin zonas verdes; los diseños vanguardistas frente a la homogeneidad de las construcciones de los sectores populares; etcétera.

Las urbanizaciones cerradas pueden observarse tanto en proyectos privados de empresas inmobiliarias como en las acciones de los propios habitantes. En primer lugar, los condominios cerrados constituyen el tipo de vivienda destinado a las clases altas. Son la versión residencial de una categoría más amplia de nuevos emprendimientos denominados enclaves fortificados, fenómeno que está cambiando la manera en que las personas de las clases media y alta viven, consumen, trabajan y gastan su tiempo de ocio. Estos enclaves son consecuencia de la prevalencia de lo privado y exclusivo frente a lo público y abierto. Las características de estos enclaves son que están demarcados físicamente y aislados por muros, rejas o espacios vacíos. Están volcados hacia el interior y no en dirección a la calle; están controlados por guardias armados y sistemas de seguridad que imponen reglas de inclusión y exclusión. Los enclaves organizan explícitamente la desigualdad social (Pires do Rio, 2007, p.313-314).

Mención aparte merece la cuestión de la privatización de la seguridad. Cada vez más, ciertos grupos de personas, desconfiando de los cuerpos policiales públicos, optan por servicios de seguridad privada (incluidos grupos irregulares o ilegales) e incluso por la justicia privada

⁶ Para el caso de Bolivia, Rivera (2012, pp. 119-126) señala cómo la concentración de población *cholo-india* en las ciudades supone una de las principales formas de fragmentación y de profundización de la violencia estructural por parte de una minoría culturalmente occidental.

(acciones policiales extralegales). Esto choca frontalmente con las ideas de democracia, equidad social y, en general, la expansión de los derechos de la ciudadanía (Pires do Rio, 2007, p. 15).

En segundo lugar, el concepto urbanístico cerrado incluye el fenómeno del cierre de calles originalmente públicas, en las que sus habitantes se organizan para cerrar el paso vehicular y/o peatonal, por medio de rejas o barreras, e incluso casetas de vigilancia.

Resulta importante recalcar en este punto que la respuesta urbanística cerrada no sólo se presenta en los niveles económicos alto y medio, sino también en estratos más bajos, como los proyectos urbanísticos catalogados de *interés social*, siendo en este caso planes de desarrollo donde predominan el hacinamiento de viviendas. Al respecto, Ribbeck (2006) ha podido calcular un índice de ocupación para la ciudad de Cuernavaca que habla de un 80% de edificación en las colonias populares, frente al 60% de las urbanizaciones de las clases altas y medias.

Además, cuando nos referimos a fragmentación socio-espacial, la referencia a la dimensión subjetiva de la misma es obligada (Martínez, Lorenzen & Salas, 2015, pp. 352-356): esta dimensión desempeña un papel significativo en la construcción de la separación de dos mundos diferentes y de la alteridad de los actores. La dimensión subjetiva se edifica a partir de diferentes ideas o conceptos que tienen los protagonistas.

Por un lado, estarían los conceptos asociados a las zonas exclusivas, las cuales se refieren al ofrecimiento y obtención de seguridad, exclusividad, comodidades, privacidad, contacto con la naturaleza, ubicación, plusvalía. Específicamente, los usuarios de la zona exclusiva la perciben como segura y cómoda frente a la inseguridad, marginalidad, violencia, degradación, contaminación, conflicto de la realidad del mundo que está afuera. Estas zonas exclusivas no están específicamente concentradas en un solo espacio, pero sí que se ubican en unos límites muy precisos. Entonces, las personas privilegiadas viven la experiencia de la ciudad saltando de un espacio a otro (residencial, escolar, laboral, de consumo) como si se tratara de pequeños islotes sobre un mar de espacios vacíos, vaciada de cualquier experiencia humana que no sea rentable para el mercado (Alvarado & Di Castro, 2013, p. 20; Cócola, 2016, p. 41; Pires do Rio, 2007: p. 321; Saraví, 2015, p. 152). En el análisis de contenido de los anuncios de agencias inmobiliarias llevado a cabo entre 2009 y 2010, Alvarado y Di Castro (2013, pp. 123-124), evidenciaban tres cuestiones que explicaban el auge de las urbanizaciones cerradas en Cuernavaca: sentirse seguro en el lugar de residencia; poseer un estilo de vida asociado a servicios como piscina, casa club, etc.; estar cerca de la naturaleza.

En contraposición a la ciudad exclusiva, hablaríamos de la ciudad abierta como aquella experimentada por los sectores populares, tanto en el centro como en la periferia. En ella se desarrollan espacios propios de socialización como los tianguis y los mercados, las áreas periféricas de entretenimiento (billares, discotecas, tiendas con maquinitas), las áreas periféricas de consumo (plazas comerciales organizadas generalmente en torno a un gran supermercado y que incluyen cierto tipo de tiendas con descuentos), las viviendas de los amigos como lugar de reunión, etcétera.

En este punto, retomamos la idea de la exclusión y desconocimiento recíprocos (Saraví, 2015, p. 155), esto es, que tanto la ciudad exclusiva como la ciudad abierta se constituyen en territorios aislados que coexisten en un mismo espacio. Estos mundos opuestos no solo son desconocidos sino que la fragmentación supone que ellos no caben en los horizontes culturales

de sus vecinos. En definitiva, la ciudad exclusiva y la ciudad abierta no son solo distantes físicamente (a veces no) sino, además, son social y culturalmente distantes. Los ricos no conocen los barrios pobres, se desplazan en automóvil particular de sus viviendas en condominios cerrados residenciales a sus centros de trabajo, a sus escuelas y hospitales privados, a los centros comerciales exclusivos.

A modo de conclusión

Estas páginas pretenden ofrecer un marco conceptual para el análisis de la desigualdad social en México y, específicamente, los factores que explicarían su incremento a la par que su aceptación como *natural* por amplios sectores de la población, tanto pertenecientes a sectores privilegiados como a sectores caracterizados por la privación. Siguiendo a Saraví (2015, pp. 277-278), se propone la hipótesis de la fragmentación social, no como “algo nuevo” –que no lo es-, ni tampoco para “verificar un hecho fáctico”, sino más bien para “brindar un concepto que permita una interpretación plausible de la realidad social”, de manera que “lo nuevo” sería pensar en la transmutación silenciosa de la desigualdad en fragmentación social.

Esta interpretación supone reconocer la posibilidad de que la persistencia e incremento de la desigualdad se explique por la existencia de sociedades caracterizadas por espacios de integración social profundamente desiguales, espacios que también son internamente homogéneos y que se mantienen aislados unos de otros. Este distanciamiento recíproco permitiría diluir la experiencia cotidiana de la desigualdad en la escuela, en el trabajo, en el consumo y en el espacio.

Una de las principales reflexiones que deriva del presente trabajo es la absoluta conexión entre los fenómenos asociados a la fragmentación social y el sistema político-económico global neoliberal, definido, entre otras cosas, por la preeminencia de la acumulación sobre la redistribución, de lo privado sobre lo público, de las necesidades del individuo sobre las del colectivo (bienestar común). Los procesos que se han descrito en cuanto a educación, trabajo, consumo y expresión espacial tienen como eje transversal que se desarrollan en contextos en los que es imperativa la generación de ingresos y la extracción de plusvalías a través de la disciplina del mercado –llevado a todos los ámbitos de la vida cotidiana-. Así, es imperativa la ganancia sobre la igualdad de oportunidades sostenida por la escuela (el estudiante ahora es un cliente); es imperativa la ganancia sobre las condiciones y derechos laborales (el trabajador-emprendedor adopta estrategias individualizadas); es imperativa la ganancia sobre el ejercicio de la ciudadanía (la democracia económica ofrece consumidores *emancipados*); y es imperativa la ganancia sobre la heterogeneidad socioespacial (se impulsan procesos de homogeneización sociocultural, gentrificación y turistificación) y sobre las condiciones socioambientales (se impone un sentido común que disocia sociedad y naturaleza).

Finalmente, siguiendo a Ramoneda (2012), estamos ante un contexto sociohistórico caracterizado por formas políticas más cercanas al autoritarismo; sin duda, procesos que representan un desafío para la democracia y el empoderamiento de los ciudadanos en América latina.

Referencias bibliográficas

AA.VV. (2016). Introducción. En Grupo de Estudios Antropológicos La Corrala (Coord.), *Cartografía de la ciudad capitalista. Transformación urbana y conflicto social en el Estado español* (pp. 13-29). Madrid: Traficantes de sueños.

- Alvarado, C., & Di Castro, M. R. (2013). *Cuernavaca, ciudad fragmentada. Sus barrancas y urbanizaciones cerradas*. Ciudad de México: Universidad Autónoma del Estado de Morelos – Juan Pablo Editor.
- Anyon, J. (1981). Social Class and School Knowledge. *Curriculum Inquiry*, 11(1), 3-42.
- Apple, M. W. (2001). *Educating the “Right” Way. Markets, Standards, God, and Inequality*. New York/London: RoutledgeFalmer.
- Bauman, Z. (2011). *Daños colaterales. Desigualdades sociales en la era global*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Bayón, M. C. (2012). El lugar de los pobres: espacio, representaciones sociales y estigmas en la Ciudad de México. *Revista Mexicana de Sociología*, 74(1), 133-166.
- Bourdieu, P. (2011[1997]). *Capital cultural, escuela y espacio social*. Ciudad de México: Siglo XXI editores.
- Bourdieu, P. (2012[1979]). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Casal, J. (2007). La inserción laboral y profesional. En R. Merino y G. de la Fuente (Coord.), *Sociología para la intervención social y educativa* (pp. 357-380). Madrid: Editorial Complutense – Universitat Autònoma de Barcelona.
- Casal, J., Merino, R., & García, M. (2011). Pasado y futuro del estudio sobre la transición de los jóvenes. *Papers. Revista de Sociología*, 96(4), 1139-1162.
- Cócola, A. (2016). La producción de Barcelona como espacio de consumo. Gentrificación, turismo y lucha de clases. En Grupo de Estudios Antropológicos La Corrala (Coord.), *Cartografía de la ciudad capitalista. Transformación urbana y conflicto social en el Estado español* (pp. 31-56). Madrid: Traficantes de sueños.
- Esquivel, G. (2015). *Desigualdad extrema en México. Concentración del poder económico y político*. Ciudad de México: OXFAM México.
- Fernández Enguita, M. (2004). *La escuela a examen. Un análisis sociológico para educadores y otras personas interesadas*. Madrid: Pirámide.
- Flores, L. (2009). La desechabilidad de la fuerza de trabajo en las maquiladoras de prendas de vestir. En R. F. Macip (ed.), *Sujetos neoliberales en México* (pp.77-121). Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Gentili, P. (2001). La exclusión y la escuela: el apartheid educativo como política de ocultamiento. Recuperado de <http://www.inau.gub.uy/biblioteca/gentili.pdf>
- Giroux, H. A. (2003). *The abandoned generation. Democracy beyond the culture of fear*. New York: Palgrave Macmillan.
- González de la Fuente, I. (2012). Juventud y diversidad cultural. Algunos elementos para un análisis socioantropológico de la transición escuela-trabajo. *Revista de Ciencias de la Educación*, 229, 39-62.
- Granados, A. (2008). Las funciones sociales de la escuela. En F. Fernández Palomares (Coord.), *Sociología de la Educación*. Madrid: Pearson Educación.
- Hernández Flores, H. D. (2017). Los jóvenes rurales. Dinámicas de trabajo y consumo en el centro de México. *Revista San Gregorio*, 18, 56-67.
- Juan, S. (2000). Las tensiones espacio-temporales de la vida cotidiana. En A. Lindón (Coord.), *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*. Barcelona: Anthropos.
- López Levi, L. (2007). La naturaleza central de los grandes centros comerciales de la Ciudad de México. En D. R. Villarreal, & D. Mignot (Coord.), *Metropolización, concentración económica y desigualdades espaciales en México y Francia* (pp.107-122). Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana.

- Martínez Borrego, E., Lorenzen, M., & Salas, A. (2015). *Reorganización del territorio y transformación socioespacial rural-urbana*. Ciudad de México: IIS-UNAM – Bonilla Artigas Editores.
- Miranda, R. M. (2017). La supeditación del consumo a la deuda en los hogares del occidente mexicano rural. *Revista San Gregorio*, 18, 78-85.
- Montemayor, C. (2007). *Diccionario de náhuatl en el español de México*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Pires do Rio, T. (2007). *Ciudad de muros*. Barcelona: Gedisa.
- Ramonedá, J. (2012). *La izquierda necesaria. Contra el autoritarismo posdemocrático*. Barcelona: RBA.
- Ribbeck, E. (2006). La modernidad informal: colonias populares en la Ciudad de México. En P. Krieger (Ed.), *Megalópolis* (pp.203-218). Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Estéticas – Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Goethe / Inter Nations.
- Rivera, S. (2012). *Violencias (re)encubiertas en Bolivia*. Santander: Otramérica.
- Rodríguez, D. & Cooper, J. (Coord.) (2005). *El debate sobre el trabajo doméstico*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Salas, H., & González-Fuente, I. (2017). De la producción al consumo. La transformación de los sujetos rurales. *Revista San Gregorio*, 18, 6-19.
- Saraví, G. A. (2009). *Transiciones vulnerables. Juventud, desigualdad y exclusión en México*. Ciudad de México: CIESAS.
- Saraví, G. A. (2015). *Juventudes fragmentadas. Socialización, clase y cultura en la construcción de la desigualdad*. Ciudad de México: CIESAS-FLACSO.
- Taguena, J. A. (2009). El concepto de juventud. *Revista Mexicana de Sociología*, 71(1), 159-190.
- Vargas, G. (2012). Espacio y territorio en el análisis geográfico. *Revista Reflexiones*, 91(1), 313-326.
- Velasco, P. (2017a). Mezclilla, consumo y la configuración de los sujetos rurales neoliberales en Tlaxcala, México. *Revista San Gregorio*, 18, 35-44.
- Velasco, P. (2017b). *Ríos de contradicción. Contaminación, ecología política y sujetos rurales en Nativitas, Tlaxcala*. Ciudad de México: IIA-UNAM.
- Villarreal, D. R. (2007). Concentración del empleo y movilidad de la población trabajadora en la Zona metropolitana de la Ciudad de México, 2000-2005. En D. R. Villarreal, & D. Mignot (Coord.), *Metropolización, concentración económica y desigualdades espaciales en México y Francia* (pp.75-106). Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Willis, P. E. (1988[1977]). *Aprendiendo a trabajar*. Madrid: Akal.
- Ziccardi, A. (2001). Las ciudades y la cuestión social. En A. Ziccardi (Comp.), *Pobreza, desigualdad social y ciudadanía. Los límites de las políticas sociales en América Latina* (pp. 85-126). Buenos Aires: CLACSO.